

Una bomba en la valija: el caso del hombre que quería matar a su mamá y explotó un avión con 44 pasajeros

01/11/2025



Un regalo de Navidad anticipado. Recién empezaba noviembre pero la madre, como toda madre, le creyó a su hijo.

El joven de 23 años puso un paquete en la valija de la madre y le pidió que no lo abriera hasta llegar a destino.

La mujer iba a viajar en avión por primera vez en su vida. De Denver a Alaska, para visitar a su otra hija que vivía allí hacía un tiempo.

La mujer y el resto de los pasajeros del vuelo 629 de United Airlines **nunca llegaría a destino.**

El 1 de noviembre de 1955, 70 años atrás, varios campesinos de Longmont, Colorado creyeron que estaban ante un fenómeno

sobrenatural, ante una maldición bíblica. **Del cielo llovía fuego. Y elementos incandescentes** de distinta contextura. Un diluvio de escombros metálicos. Muchos corrieron a guarecerse. Otros quedaron inmóviles, perplejos, ante el fenómeno que solo pudieron interpretar como un mensaje divino (algo agorero).

Había ocurrido una desgracia. Un avión, un Douglas DC-6B, había explotado en el aire 11 minutos después del despegue desde Denver.

Terrible accidente aéreo, Un avión se estrella, 44 muertos: No hubo ningún sobreviviente. Así titularon los diarios al día siguiente. Todavía la aviación no tenía tan buena prensa como en la actualidad y con cada siniestro el miedo de la gente a volar (algo que a muchos les parecía ilógico, una tonta manera de tentar al destino) se multiplicaba. Muchos creían que cada avión estrellado era la confirmación de que **el hombre se había excedido en su imaginación**, en su ambición de controlar el mundo. Y que, pese a que las estadísticas los desmentían, la norma era esa, la del siniestro, y no que los vuelos llegaran a destino.

Los pocos que entendían del tema supusieron desde el primer momento que algo extraño había ocurrido. **No parecía una simple falla de la nave o un error humano.** Los primeros informes mostraban un panorama inédito, algo que no habían visto antes.



Los restos cubrían un radio de 25km (Foto: The Colorado Sun). Un batallón de agencias y organismos estatales y hasta privados se dedicaron al tema. El **FBI**, la **FAA** (Federal Administration of Aviation), **Civil Air Patrol**, el servicio de **Correo** (llevaba correspondencia como casi todos los aviones de ese tiempo) y **United Airlines** destinaron equipos a **esclarecer los hechos**.

Los investigadores se pusieron a trabajar enseguida. El trabajo era mucho. Estaban desconcertados. Interrogaron testigos. Trataron de interpretar cada una de las formas de los destellos que los granjeros habían visto en el cielo. Recolectaron los restos del avión que cayeron desperdigados en alrededor de 25 kilómetros a la redonda. Estudiaron la nómina de pasajeros. Consultaron a los hombres de la torre de control para saber si había sucedido algo extraño en las comunicaciones previas. **Inspeccionaron con minuciosidad la planilla del equipaje despachado**. Mandaron al laboratorio las muestras de los restos encontraron. ¿Había habido varias explosiones? ¿Por qué varios testigos habían visto a la

aeronave envuelta en fuego en el aire? ¿Hubo un incendio a bordo? ¿Por qué las alas se habían desprendido del cuerpo del avión? ¿Por qué muchos de los restos parecían triturados, parecían diminutos? ¿Se trató de un atentado? ¿Alguien había colado entre el equipaje algún producto prohibido? ¿Se había tratado de una falla mecánica? ¿De qué estaba compuesto ese polvo gris que cubría gran parte de los restos? ¿Qué decía la caja negra?

La investigación debió cubrir muchos campos. Cientos de personas dedicadas al tema. La industria de la aeronavegación estaba muy interesada en los resultados. Algunos **llegaron a sugerir que los Douglas DC-6B tenían una falla insalvable** y que el riesgo de explosión estaba en cada vuelo y que debían ser retirados de todas las flotas.

Había algo más que complicaba la investigación: el avión era de los “lecheros”, hacía muchas escalas antes de llegar a Alaska. Había partido de Nueva York, pasado por Chicago y Denver. Todavía faltaba que se detuviera en Portland y Seattle.

Las líneas de investigación eran demasiadas.



John Gilbert Graham en la corte federal, fue sentenciado y ejecutado por la explosión del vuelo 629 de United Air Lines. (Foto: The Colorado Sun)

Los familiares de las víctimas sufrían la pérdida de sus seres queridos. **No tenían ningún cuerpo para reconocer ni para enterrar.** Los restos de las personas que viajaban en el avión se habían esparcido por los campos de varios pueblitos de Colorado. Pequeños pedazos informes que hacían casi imposible para alguien que no fuera un especialista reconocerlos como restos humanos. Esos familiares agregaban a su dolor la molestia que sentían ante los interrogatorios a los que los sometía el FBI. **Los detectives trataban de encontrar una clave en tierra de lo que había sucedido en el aire.** Alguien tuvo la corazonada de que en los familiares y allegados podían encontrar una respuesta. Otros creían que era una pérdida de tiempo entrevistar a una viuda reciente o padres que habían perdido un hijo. Que allí sólo encontrarían dolor y ningún dato útil.



Foto en comparación de un hombre al lado de la cola del avión que explotó (Foto: The Colorado Sun).

Hasta que llegaron a **John (Jack) Gilbert Graham**, de 23 años, al que se le había muerto la madre en el vuelo 629. El joven se mostraba apesadumbrado. Contó los motivos del viaje de la madre, cómo habían cenado la noche anterior, de qué manera ella había preparado la valija, la vida de la hermana en Alaska y hasta expresó sus deseos de conocer algún día Anchorage. Hasta ese momento no parecía un interrogatorio, no era más que una charla. Hasta que uno de los agentes hizo una pregunta y después de varios segundos de silencio, Graham titubeó una respuesta enredada. El agente le dijo que no había entendido bien y volvió a repetir la pregunta: **“¿Usted sacó un seguro de vida para su madre en el aeropuerto antes del despegue?”**. Graham, ante la nueva oportunidad, trató de simular tranquilidad y que sus palabras parecieran despreocupadas. Explicó que vio contra la pared de una de las salas del aeropuerto una máquina expendedora de seguros de vida (en esa época había en cada aeropuerto norteamericano)

que poniendo una moneda de 25 centavos en la ranura, le proveía uno.

La póliza era por 37.500 dólares (unos 450.000 dólares en la actualidad). Después desviaron el tema, le preguntaron por la relación con su hermana, quisieron saber a qué se dedicaba. Él habló del restaurante de su madre, de sus labores allí. **En ese momento todo cambió.** Los investigadores echaron mano a un cliché: el del policía bueno y el policía malo. **Mientras uno llevaba el interrogatorio como una conversación entre amigos,** casi como un homenaje a la memoria de la madre muerta, **el otro acosaba a Graham y le gritaba en la cara,** hasta el punto de que con cada palabra escupía la cara del interrogado, y lo acosaba. El del FBI responsabilizó a **John (Jack) Graham** de haber provocado un incendio en el restaurante de su madre unos meses antes. El joven trató de negarlo pero puesto contra las sogas e intimidado **terminó reconociendo que él lo había provocado.** Lo demás fue un mero trámite. Unos gritos más, unos golpes en la mesa y amenazas del policía malo, mientras el policía bueno ofrecía un vaso de agua y prometía paz espiritual a través de la verdad. **John (Jack) Graham se quebró y confesó.** Entre los sollozos el relato no se entendía bien. Otro vaso de agua y un pedido de tranquilidad. El policía malo salió de la sala sabiendo que su trabajo estaba hecho. En un clima de intimidación, **el joven contó con detalle cómo planeó el asesinato de su madre.** Y, como consecuencia, el de otras 43 personas.



Cuando los detectives encontraron que John había sacado un seguro de vida por su mamá, la investigación dio un giro (Foto: Federal Bureau of Invstigation. FBI).

Los investigadores habían descubierto que **Graham tenía un prontuario**. Había sido acusado de algunos fraudes menores, había firmado algunos cheques sin fondo y lo habían agarrado contrabandeando alcohol.

De todas maneras, este delito tenía un cariz y unas consecuencias absolutamente diferentes.

Cuando confesó la autoría del atentado, Graham no sabía que las investigaciones habían demostrado que la explosión principal había ocurrido en el depósito de equipaje (y se había multiplicado porque como recién despegaba tenía los tanques llenos de combustible) y que se habían podido recuperar muchos restos de las valijas pero que de la única que no quedaba ningún vestigio era la de la madre.

El joven confirmó las sospechas. Contó que había puesto **24 cartuchos de dinamita** con un temporizador en ese regalo de Navidad envenenado que había colocado en la valija de la madre. Dijo que él llevó a la mujer al aeropuerto y que, con la valija en el baúl, cada vez que agarraba un bache temió por su vida. **Se mostró algo orgulloso de haber podido programar la explosión** para 90 minutos después de que él cerrara el equipaje.

La declaración fue larga y minuciosa. Se desgrabó y se la hicieron firmar. **Veinte páginas en las que explicaba** dónde había conseguido la dinamita, cómo había armado los explosivos, cómo la ubicó en la valija y demás. También aseguró que no le importaba haber matado a otras 43 personas. **“Si en el avión hubieran viajado mil, me daría lo mismo”,** dijo.

En ese interrogatorio también contó la historia de su vida. Su padre murió cuando él tenía 3 años. Fue criado por su abuela que murió cuando él tenía 9. Su madre no regresó para hacerse cargo de él. Fue llevado a un orfanato. Era una institución que probaba un nuevo método de educación, progresiva, que

pretendía darle libertad a los internos, pero no dejaba de ser un orfanato y no dejaban de ser chicos sin contacto con sus progenitores. **El desamparo y el resentimiento crecían** dentro de **John (Jack) Gilbert Graham**. Las vacaciones las pasaba con su madre en el rancho de su padrastro. Pero cuando empezaba el año, pese a su deseo y esperanzas de permanecer en la familia, era de nuevo enviado al instituto.

Años después la madre le compró una pequeña casa para que él viviera con su esposa y sus dos hijos pequeños. Pagó alguna de las fianzas por sus detenciones y lo puso a trabajar en su restaurante (al que incendió en connivencia con la madre para cobrar el dinero del seguro según terminó de confesar ese día).

La relación con ella fue siempre muy conflictiva pese a que en los últimos años se frecuentaban cotidianamente. El daño y los resquemores del abandono en la infancia de **John (Jack)** no habían sanado, seguían presentes y en carne viva.

“El momento en que subió al avión sabiendo que sería la última vez que la vería, fue el más feliz de mi vida” dijo el hombre después de confesar su crimen. Después antes de que le pusieran las esposas tuvo tiempo para un lamento final: “Si el avión no hubiera demorado diez minutos su despegue hubiera explotado sobre las montañas y ustedes **no me hubieran descubierto nunca”**.

La investigación a esta altura parecía saldada. El crimen resuelto. Pero Graham daría más sorpresas. **Negó todo lo dicho y dijo que la confesión fue extraída por torturas** y que buena parte de los dichos fueron inventados por el FBI. Ni siquiera recordaba haberla firmado. Él, decía ahora, no había matado a su madre.

Después probó otra carta: la de la **insania**. Pero luego de las pericias **fue declarado imputable**, capaz de ser juzgado.

El juicio duró quince días y las pruebas fueron abrumadoras.

Aparecieron quienes le habían vendido la dinamita, los que certificaron que él era hábil para esas tareas, que afirmaban que sabía manipular dispositivos, los cinco locales que vendían taladros de joyería (que era el regalo que él decía le había puesto a la madre en la valija) dijeron que no habían vendido en el último año y que nunca habían tenido a Graham como cliente. **Cada testigo hundió más al acusado.**

El jurado deliberó apenas una hora antes de encontrarlo culpable. **Fue condenado por 44 homicidios a pena de muerte.**



El juicio fue oral y público, el jurado se decidió en menos de una hora (Foto: The Colorado Sun).

El caso de **John (Jack) Gilbert Graham** tuvo **varias consecuencias**. Por primera vez un siniestro aéreo se investigó de ese modo e instaló un nuevo parámetro para la resolución de estos casos. De las investigaciones surgieron varios avances y protocolos que se implementaron en la aeronavegación comercial para aumentar su seguridad.

El juicio fue el primero en ser filmado para la

televisión aunque no fue emitido en directo. Generó una atención en los espectadores que siguieron multitudinariamente cada una de las audiencias emitidas. Los presentes en la sala (juez, fiscal, defensores, jurados, acusado y testigos) podían pulsar un botón y apagar la cámara que los enfocaba así su imagen no era difundida. **Él único que pulsó el dispositivo no permitió ser filmado fue Graham.**

Estuvo casi un año en el **Corredor de la Muerte** esperando ser ejecutado. A pesar de que él no pidió nada en especial, siguiendo la costumbre, le sirvieron una opípara última cena. Bife, papa fritas, ensalada de frutas, helado, gaseosas. Sólo comió el helado.

No se disculpó con los familiares de las víctimas. Al menos tuvo un gesto de humor cuando le preguntaron cuál era el último deseo. Señaló a un periodista presente, el que había seguido el caso desde el principio y con el que se había entrevistado varias veces y dijo: **“Que él se siente en mi falda en el momento de la ejecución”.**

Moriría en la cámara de gas, atado a una silla. **Se negó a decir unas últimas palabras.**

Tuvo una última y paradójica victoria: por una peculiar interpretación de la letra chica del contrato, **consiguió que la compañía le pagara a su esposa unos 100.000 dólares** por su seguro de vida.

Fuente: TN